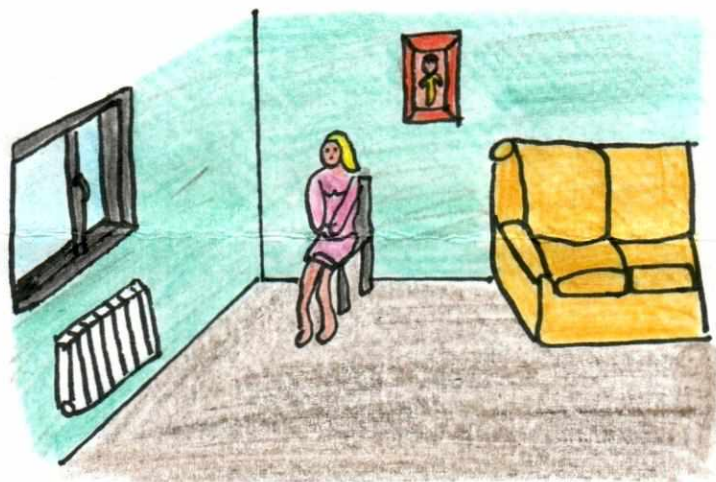


Recuerdos entre paredes

Hace ya algún tiempo pude ver algo extraordinario, algo que me pasó o quizá no.

Estaba sentada en mi cama como cada día, cada día que recuerdo, contemplaba las paredes que nunca me gustaron y no sé por qué ni quien las pintó de ese horrible color turquesa que casi se había desgastado con los años. Me encontraba en casa de mi abuela, sí, mi abuela, esa que no me recuerda y que no sabe cómo me llamo y siempre me confunde con mi madre, esa.

Será muy difícil mi nombre que solo tiene cinco letras ¿tan difícil es acordarse de Lucía? Pues a ella nunca le salía, siempre me llamaba como mi madre, bueno que me desvío del tema.



Mi madre me había dicho que tenía que ser comprensiva dada su enfermedad, decía que no se acordaba aunque yo creo que es porque nunca me ha visto en los 14 años que tengo de vida.

Nunca he sabido nada de ella, solo que vivía en el pueblo a muchos kilómetros de Madrid. La verdad, todavía no sé qué hago en esta casa, según mi madre tengo que cuidar de mi abuela durante este verano por su enfermedad y claro no hay más personas capacitadas para ver lo que hace, solo yo, se nota la ironía.

Al tercer día ya odiaba casi todo de esta casa, sus muebles viejos y casi destartalados por el tiempo, sus fotos en blanco y negro y sobretodo la televisión que era un habitáculo cuadrado y pesado. Cada foto que había en la casa era antigua, y en casi todas salía un hombre de rostro llamativo. Siempre me preguntaba quién sería tal hombre para que mi abuela lo tuviera puesto en todos los lados. Yo pensaba que era mi abuelo, pero mi madre dijo que el abuelo nunca se tomaría tantas fotos y que no era tan guapo como el hombre de las fotos. Mi madre dijo que creía que era un hermano de mi abuela que murió hace mucho, cuando ella era joven y todavía no conocía a mi abuelo.



Hoy, mi madre se ha ido y me ha dejado sola con ella, voy a sonsacarla quien era el hombre de las fotos. Mamá dice que no le haga muchas preguntas y que no la agobie. Yo no quiero molestar pero me resulta muy curioso saber quién era ese hombre.

Siempre que le preguntaba ella negaba con la cabeza diciéndome que no le apetecía hablar. A veces la oía llorar. ¿Será por el hombre de la foto? No sé, no me gusta que llore; por eso yo la quiero ayudar y ella dice que lo que le pasa no tiene solución, qué no me preocupe y que se alegraba de que estuviera a su lado aunque ella nunca haya pasado tiempo conmigo hasta ahora. Me preocupaba tanto su estado que llamé a mi madre pues lloraba todos los días y se escondía para que yo no la viese sufrir. Le pregunté a mi madre qué enfermedad tenía y que si era depresión o no sé por qué se la veía muy triste. Hablando, logré sonsacarla a mi madre la enfermedad pues me dijo que ella iba a olvidar todos sus recuerdos. Iba a borrar a toda la

gente de su cabeza, es como si me entrase un virus en el ordenador e fuera borrándome poco a poco todo lo que he ido formando y consiguiendo, era el Alzheimer.



Tenía que hablar con mi abuela, saber lo que sentía y acompañarla en esta dura etapa de su vida de la cual no se va acordar. La enfermedad no estaba muy avanzada pero ella sabía lo que ocurriría cuando esta se apodera de su vida.

Esa tarde me senté enfrente de mi abuela y le dije:

-¿Por qué no me lo contaste?

-¿Y si lo hubiera hecho de que serviría? Mi vida acaba en el momento en la que la enfermedad se apodere de mi mente. Respondió entre lágrimas.

Me quedé callada durante unos segundos intentando sobrellevar las duras palabras de mi abuela en las que daba por hecho que su vida ya había acabado. Al ver que no hablaba, ella me sonrió y me dijo:

Todo este tiempo has querido saber quién fue el hombre de las fotografías, ¿no es así?

Y comenzó a contar la historia de la que cuando su enfermedad avanzara quizá no se acordaría.

En 1938, las cosas andaban mal, yo era una cría y el país estaba en guerra, me ofrecí como voluntaria ayudando a cuidar a heridos de guerra. Yo por esos entonces era una inexperta y patosa pero la gente siempre me contaba sus penas y siempre sabía escucharlas hasta que morían a mi lado. El hombre "incógnita" como tú le llamas era un buen amigo de tu bisabuelo y cuando lo trajeron al campamento el me buscó. Era la única persona que lo conocía. Él sabía que iba a morir puesto que tenía el cráneo muy dañado y había perdido mucha sangre. Cuando le miraba, miraba su cabeza con vendas rojas que apenas le cabía una gota más de sangre. Él

me dijo que era preciosa, me agarró la mano débilmente y me susurro un débil "cásate conmigo" al cual no me dio tiempo a responder pues él sonrió y su mano que me agarraba dejó de hacerlo por completo y sus ojos se cerraron como si en un sueño profundo hubiera caído.

Yo me callé, y pensé por qué tantas fotos para un hombre con el que apenas tuvo trato. Mi abuela dijo que para ella significó el sufrimiento de su pueblo, el que todos sufríamos a ambos lados de la guerra y que nunca quería olvidar aquel encuentro que tuvo con ese hombre. Empezó a llorar, me agarró y me susurró que no quería olvidar que tenía miedo al olvido, aunque era inevitable que el olvido se apoderara de todas nuestras vidas. Porque el olvido siempre llega, nunca podemos combatir con él, siempre está ahí al acecho de todos nosotros y borra todos nuestros recuerdos como cuando el viento borra nuestras pisadas en la arena y es triste pensar que esto llegará, pero así es la vida, una constante lucha que tenemos que siempre acaba ganando.